

## Roman Jakobson (1896-1982)

Evocamos aquí la figura del lingüista Roman Jakobson, recientemente desaparecido, con la complacencia que supone ensayar la semblanza de un espíritu abierto a cualquier corriente o disciplina en que la lingüística pueda proyectarse.

Nacido en Moscú, estudia y se doctora (1919) en la Universidad de esta ciudad. En 1915 funda el Círculo Lingüístico de Moscú, de cuya fusión con la Opoiaz (abreviatura bajo la que es conocida la *Sociedad* para el estudio del lenguaje poético) surgirá el movimiento *formalista* —así acuñado por sus detractores—, con la iniciativa de Osip Birk y la colaboración del vanguardismo futurista. Entre 1920 y 1939 reside en Checoslovaquia, siendo, desde 1929, uno de los principales miembros del Círculo Lingüístico de Praga. Al comenzar la segunda guerra mundial, se traslada a los Estados Unidos, donde radicará en lo sucesivo. Dejando aquí a un lado su extensa bibliografía como exponente de su ingente labor científica, mencionemos, como testimonio de su actividad docente, las Universidades de Brno, Oslo, Upsala, Copenhague, Lovaina, Columbia, Harvard, Yale y Princeton (por no citar sino las más importantes), sin olvidar la École Libre des Hautes Études de Nueva York, ni el Massachusetts Institute of Technology (MIT).

Ya desde el comienzo de su andadura científica, los problemas lingüísticos y literarios se interpenetran y complementan en la búsqueda de resultados ricos en sugerencias. En una de las célebres *tesis* redactadas en 1929 por el Círculo Lingüístico de Praga, R. Jakobson (junto con Mukarovsky) dice al respecto: «Los diferentes planos de la lengua poética (...) están tan estrechamente ligados entre sí que es imposible estudiar unos sin tener en cuenta los otros...» (cf. la tesis 3 c: «Sobre la lengua poética»). Treinta años después, rubricará este aserto en un importante ensayo: «El querer mantener la poética aislada de la lingüística se restringe más de lo debido...» («Lingüística y poética», en *Ensayos de Ling. Gen.*, XIV).

A diferencia del inmanentismo a ultranza que para la ciencia del lenguaje postulara la escuela de Copenhague, Jakobson concibe la lengua como un instrumento, como un juego de resortes orientados hacia una finalidad (funcionalismo). Esta visión teleológica amplía el horizonte de la lingüística, que se abre camino hacia la teoría de la comunicación y la semiología. Partiendo de la funcionalidad tripartita de K. Bühler (*Sprachtheorie*, § 2), establece Jakobson

las seis funciones del lenguaje, cuyo esquema comporta uno de los pilares clásicos en la lingüística contemporánea. Cada una de estas seis funciones tiene su correlato en uno de los elementos que intervienen en el proceso de la comunicación: así, según que el acento comunicativo recaiga sobre el *destinatario*, el *mensaje*, el *contexto*, el *contacto* o el *código*, tendremos respectivamente la función *emotiva* (o expresiva), *conativa* (o apelativa), *poética*, *referencial*, *fática* o *metalingüística*. Claro que dichas funciones no operan en el acto comunicativo con carácter exclusivo sino jerárquico.

Una de las disciplinas en que la investigación jakobsoniana cobra un puesto de primera magnitud es la fonología. Colega (más que discípulo) y colaborador de N. S. Trubetzkoy, R. Jakobson es el fundador de la fonología diacrónica. Si F. de Saussure concedía prioridad al estudio sincrónico del lenguaje con respecto al diacrónico, Jakobson concibe cualquier corte sincrónico de una lengua determinada como resultado de un proceso diacrónico; según esto, el estado de una lengua en una época dada no debe inspirarnos una visión estática del fenómeno, pues tal estado de cosas no es sino el punto de llegada con relación a su pasado, así como el punto de partida de futuros cambios. Por otra parte, si Trubetzkoy sostenía que los cambios fonológicos no responden más que al ciego azar, Jakobson mantiene la tesis de que todo cambio, cualquiera que sea, está sometido a las leyes del sistema en cuyo seno se produce, pues en ningún momento reviste carácter aislado. Esta concepción dialéctica entre sincronía y diacronía lingüísticas adquirirá un mayor desarrollo en la obra de Martinet *Economía de los cambios fonéticos*.

Los dos principios fundamentales que, a nuestro juicio, cimentan la fonología jakobsoniana y que marcan con mayor relieve el sello de su autor son: el *binarismo* y el *modelo universal*, o universales del lenguaje. Anticipándose a la teoría de la información, Jakobson concibe cualquier oposición fonológica como una serie de pasos sucesivos, cada uno de los cuales encierra una opción binaria: *rasgo positivo* vs. *rasgo negativo* (+ vs. —). Para llevar a cabo esta reducción de la amplia gama de rasgos distintivos a una serie binaria, es preciso tener en cuenta la *sustancia* fonética, los rasgos físicos de cada unidad fonológica. De este modo, el lingüista que nos ocupa se aparta una vez más del maestro ginebrino, así como de la escuela de Copenhague, quienes parten del principio de que la lengua no es sustancia sino forma. En sus *Fundamentos del lenguaje* (en colaboración con M. Halle), Jakobson construye un modelo oposicional binario, constituido por 12 rasgos (vocálico/no vocálico; consonántico/no consonántico; denso/difuso; tenso/flojo, etc.); se trata de un paradigma de rango universal, pues, según su autor, goza de suficiente amplitud como para el plegar en su enrejado cualquier estructura fonológica existente. Tanto el binarismo como el modelo universal han sido criticados por Martinet (cf. *Economía...*, cit.), sin que, a nuestro parecer, la crítica del lingüista parisiense haya invalidado los principios jakobsonianos.

No quisiéramos pasar por alto en este apretado prontuario la influencia ejercida por la figura científica de Jakobson en el terreno de la antropología estructural. No es una mera casualidad su colaboración con C. Lévi-Strauss en su estudio sobre el soneto de Ch. Baudelaire «Les chats» (publicado en 1962 e incluido en *Questions de Poétique*). Pero lo más interesante en este sentido es la utilización del modelo fonológico jakobsoniano por parte del antropólogo francés en su estudio de los mitos y en su concepción del sistema parental en las sociedades primitivas. Para Lévi-Strauss, la articulación del parentesco en las sociedades primitivas opera con unidades puramente distintivas (no significativas), al igual que ocurre en el sistema fonológico; lo propio cabe decir de los totems (unidades distintivas para la delimitación de los grupos tribales) o de los mitemas (unidades funcionales que constituyen el mensaje mitológico).

Tampoco hemos de pasar por alto las importantes aportaciones de Jakobson al terreno de la afasia. Según él, la sintomatología del síndrome afásico responde a leyes cuyo estudio es patrimonio del quehacer lingüístico, cuyo aporte supone un auxiliar eficiente para su tratamiento clínico y psicológico. Partiendo de la dicotomía saussureana *paradigma/sintagma*, Jakobson establece los conceptos (correspondientes) de *selección* y *combinación*. La selección opera sobre la relación de *semejanza* que existe entre los signos, en tanto que la combinación lo hace sobre la relación de *contigüidad*. Según esto, los diferentes tipos de afasia pueden agruparse en función de estas dos coordenadas: así, tenemos el caso de afásicos que acusan dificultad para la *decodificación* del lenguaje (afasia sensorial, aferente o de Wernicke); se trata en este caso de «trastorno de la semejanza», en que el afectado se expresa con corrección sintáctica, aunque con fuerte tendencia a sustituir los términos semánticamente «fuertes» por «palabras-herramienta», pues no es capaz de «seleccionar» las palabras adecuadas a cada instancia semántica; estamos, pues, ante un caso de incapacidad meta-lingüística, así como de impedimento para «entender» mensajes. Por contraposición, tenemos afásicos afectados de incapacidad para la *codificación* (afasia cinésica, eferente o de Broca); se trata del llamado por Jakobson «trastorno de la contigüidad», en que se acusa una «agramaticalidad», esto es, un deterioro del código, aun cuando se mantenga la capacidad de «seleccionar» el término adecuado a una instancia semántica; en este tipo de afasia, el afectado puede «entender» los mensajes provenientes de una fuente externa, mas, a la hora de construir su propio mensaje, éste queda constreñido a un molde telegráfico o a una «palabra-oración».

Digamos, para terminar esta breve presentación, que la relación bibliográfica de Roman Jakobson (aparecida en París, con un prólogo de C. H. van Schooneveld) comprendía en 1971 un total de 484 títulos. Pero más aún que lo ingente de la cantidad, es de valorar la fecundidad de una obra científica que, partiendo de la investigación lingüística, ha abierto brecha en las disciplinas más diversas, pues a fin de cuentas la lengua es el instrumento que indefectiblemente acompaña al hombre en toda su producción espiritual. Consciente de ello, nos dice Jakobson, parafraseando a Terencio: «Linguista sum, linguistici nihil a me alienum puto» (*Ensayos*, p. 15).

Fermín J. TAMAYO POZUETA